



“Francisco Xavier Clavigero, su vida y obra”

p. 459-472

Obras de Miguel León-Portilla

Tomo IV. Biografías

Miguel León-Portilla

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2009

700 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-7630-48-7 (tomo IV, pasta dura)

ISBN 978-607-7630-49-4 (tomo IV, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/543.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



XVIII. FRANCISCO XAVIER CLAVIGERO, SU VIDA Y OBRA*

Investigador profundo de nuestra realidad cultural e histórica fue el humanista Francisco Xavier Clavigero. Su relativamente breve existencia, pues murió a los cincuenta y seis años de edad, se caracteriza por una decidida entrega al estudio, siempre en relación con la cultura patria. Aunque no son escasas las monografías que sobre él y su obra se han escrito, sin duda el mejor camino para recordar aquí su trayectoria y pensamiento nos lo dan sus propios escritos, los trabajos que publicó y también algo de lo que de su correspondencia se conserva. Muy digna de tomarse en cuenta es asimismo la biografía que de él nos dejó quien fuera su compañero y amigo hasta los últimos días, durante su destierro en Italia, el también veracruzano y exiliado Juan Luis Maneiro.

Por un escrito del mismo Clavigero, que hasta hace poco se conservaba inédito, sabemos que la fecha precisa de su nacimiento, en la ciudad de Veracruz, fue no el 9 sino el 6 de septiembre de 1731 ¹ Hijo de padre español, había él de tipificar la actitud de no pocos de los criollos del siglo XVIII que, por encima de todo, fueron y llegaron a sentirse plenamente mexicanos. Su padre desempeñaba un puesto en la administración de la Nueva España. Debido a esto la familia Clavigero tuvo que cambiar varias veces de residencia. La infancia de Francisco Xavier transcurrió así en distintos lugares del país y casi siempre en regiones de población preponderantemente indígena. Primero estuvo en Teziutlán, en el actual estado de Puebla, y más tarde en Jamiltepec, en la Mixteca de Oaxaca. Como lo nota su biógrafo Maneiro, tuvo...

* Publicado bajo el título "Recordación de Francisco Xavier Clavigero, su vida y su obra" en Miguel León-Portilla. *Imagen y obra escogida*, México, UNAM, Colección México y la UNAM, 60, 1984, p. 65-76.

¹ Véase: "Documentos para la biografía del historiador Clavigero", publicados por Jesús Romero Flores, en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, México, t. I, 1939-1940 (aparecido en 1945), p. 316.

[...] desde pequeñuelo ocasión oportuna de tratar íntimamente con gentes indígenas, de conocer a fondo sus costumbres y naturaleza, y de investigar con suma atención cuanto de especial produce aquella tierra, fueran plantas, animales o minerales. Por su parte los indígenas no habían elevado monte, ni cueva oscura, ni ameno valle, ni fuente, ni arroyuelo, ni otro lugar que atrajera la curiosidad, a donde no llevaran al niño para agradecerlo [...].²

Formación de Clavigero

Algunos años más tarde, hacia 1743, encontramos a Clavigero en la ciudad de Puebla, enviado por sus padres para estudiar allí la gramática en el Colegio de San Jerónimo y posteriormente la filosofía en el de San Ignacio, a cargo de los jesuitas. Cuatro años después, inclinándose por la carrera eclesiástica, ingresó en el seminario angelopolitano y comenzó a estudiar el primer curso de teología.

El mismo Maneiro, que tan de cerca conoció a Clavigero, nos dice, no sin cierta gracia, que “aunque entonces fue la teología su principal preocupación, sin embargo, en las horas de descanso se entregaba con empeño a estudios agradables [...]”³ Y a continuación aclara que por “estudios agradables” entiende sus asiduas lecturas de autores como Quevedo, Cervantes, Feijóo, el angelopolitano Parra, sor Juana Inés de la Cruz y también de cuantas obras de tema histórico podía haber a las manos, al igual que de aquellas otras, de más difícil obtención, sobre recientes descubrimientos en el campo de las ciencias naturales.

Clavigero no permaneció largo tiempo en el seminario de Puebla. Tras algunas vacilaciones, se decidió al fin a abrazar la orden de los jesuitas. El 13 de febrero de 1748 ingresó en el colegio que éstos tenían en Tepotzotlán. La innegablemente sólida formación que recibían los miembros de esta orden iba a fructificar al máximo en la persona del joven estudiante. Guiado por sus maestros, pudo ahondar entonces en distintos campos del saber. Perfeccionó sus conocimientos de la lengua latina y llegó a dominar también la griega. Y otro tanto cabe decir respecto del francés, portugués, italiano, alemán e inglés, sin olvidar la lengua náhuatl o mexicana que, como él mismo lo refirió, había apren-

² Juan Luis Maneiro y Manuel Fabri, *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*, prólogo, selección, traducción y notas de Bernabé Navarro, México, Biblioteca del Estudiante Universitario, 1956, p. 122.

³ *Ibid.*, p. 125.



dido desde su más temprana juventud. Sus conocimientos lingüísticos, vale la pena destacarlo, le permitieron desde entonces estudiar y gustar a sus anchas de lo mejor de la literatura de no pocos autores de culturas tan distintas.

Enviado a Puebla en 1751, vuelve a dedicarse allí por algún tiempo al estudio de la filosofía. Como lo refiere Maneiro, y lo han mostrado quienes se han ocupado más directamente del pensamiento filosófico de Clavigero, se consagra entonces a la lectura de autores como Duhamel, Purchot, Descartes, Gassendi, Newton y Leibniz. De esta etapa de su vida proviene el gran interés que siempre mantuvo por las corrientes del pensamiento moderno y que habrían de llevarlo más tarde a concebir la necesidad de una radical transformación en los estudios filosóficos y científicos en el ambiente novohispano de su tiempo.

De vuelta en la ciudad de México para continuar el curriculum de estudios establecidos por los jesuitas, se dedica de nuevo a las disciplinas teológicas en el Colegio de San Pedro y San Pablo. Necesario es recordar que entonces, y también desde mucho antes, tuvo Clavigero la fortuna de convivir con varios distinguidísimos estudiantes de su orden. Entre éstos deben mencionarse los que con razón han sido llamados “humanistas mexicanos del siglo XVIII”, figuras como Francisco Javier Alegre, José Rafael Campoy, Juan Luis Maneiro, Pedro José Márquez, Andrés Cavo y otros más. Precisamente su compañero y amigo Campoy fue quien le mostró el rico tesoro de documentos indígenas que se conservaban en el mismo Colegio de San Pedro y San Pablo como preciada herencia de don Carlos de Sigüenza y Góngora.

Clavigero —dice Maneiro en su biografía— siguió a Sigüenza como ejemplo en sus investigaciones y, viendo aquellos volúmenes, se llenó de sumo placer por razón de la sincera benevolencia con que amaba a los indios. Y no dejaba de admirar el pulido papel de los antiguos indígenas antes de serles conocida la cultura europea. En cuanto a aquellas inscripciones jeroglíficas, siempre las retuvo en su memoria y nunca cesó de entregarse a admirables esfuerzos con el fin de comprenderlas [...] ⁴

Por entonces, aun cuando no había concluido sus estudios, se dedicó por algún tiempo a la docencia. Actuó así como prefecto de los alumnos del Colegio de San Ildefonso. Con gran pena hubo de perca-

⁴ Juan Luis Maneiro, *op. cit.*, p. 135.



tarse de lo anticuado de los métodos allí vigentes en materia de educación y formación de los jóvenes. Con cautela manifestó oportunamente su parecer a los superiores y llegó a proponer las reformas que a su juicio debían introducirse. Éstas, por demás está decirlo, se inspiraban en sus muchas lecturas que definitivamente habían abierto su espíritu a la modernidad.

Algún tiempo después, haciéndose excepción con él, ya que no había recibido aún las órdenes sacerdotales, se le encomendó la cátedra de retórica en el Colegio Máximo de los jesuitas. Una vez más, y no por afán de novedad sino porque se sentía obligado a ir en contra de los que tenía por vicios inveterados, introdujo modificaciones en los estudios a su cargo.

Investigación y docencia

Probablemente hacia 1755, ya que se desconoce la fecha exacta, Clavigero recibió las órdenes sacerdotales. A partir de este momento iba a dedicarse por entero a actividades todas ellas relacionadas con la investigación y la docencia. Primeramente lo encontramos en el Colegio de San Gregorio, erigido desde tiempos antiguos para la formación de jóvenes indígenas. Cinco años pasó allí durante los cuales, además de cumplir con sus obligaciones de maestro,

[...] se dedicó con asiduidad y gran diligencia a devorar libros, pues se le ofrecía la ocasión tanto del tiempo libre de ocupaciones más graves, como la biblioteca doméstica, llena de libros muy selectos y de códices, la que frecuentaba con increíble gozo [...]. En esos cinco años —añade Maneiro—, examinó con ojos curiosísimos todos los documentos referentes a esta nación [mexicana], los que, como dijimos antes, se conservaban en gran número en el contiguo Colegio de San Pedro y San Pablo, y con enorme esfuerzo sacó de allí preciosos tesoros que más tarde dio a conocer para el bien público en la historia que dejó a la posteridad [...].⁵

Fructuosa como fue en grado sumo su estancia en el Colegio de San Gregorio, no estuvo sin embargo exenta de varios contratiempos, y aun de lo que podría calificarse de manifiesta oposición por parte de algunos de sus superiores. De ello nos habla precisamente una carta

⁵ *Ibid.*, p. 140-141.

de fecha 3 de abril de 1761, dirigida a Clavigero por el padre Pedro Reales, entonces provisor de la Compañía de Jesús en la provincia de Nueva España. Entre otras cosas su superior le acusa de haber

[...] sacudido enteramente el yugo de la obediencia, respondiendo con un *no quiero* a lo que se le encarga, como ayer sucedió, o por lo menos esa respuesta se le dio al superior, que a la verdad no sé qué camino tomar para que Vuestra Reverencia se componga y contenga en su deber Mudanza de lugar es poco remedio, y ninguna satisfacción a la vida y ejemplo que Vuestra Reverencia ha dado, abstrayéndose casi todo del fin único de los que viven en ese Colegio, y entregándose a otros cuidados y estudios que le embargan [...].⁶

Bien puede entreverse el sentido de esta reprensión. Las palabras antes citadas de Maneiro nos dan la clave. Escribió éste que, durante su permanencia en el Colegio de San Gregorio, Clavigero “devoraba libros” y examinaba con “ojos curiosísimos” los códices y papeles indígenas. Éstos eran sin duda los “otros cuidados y estudios que le embargaban”, al decir del padre Reales. Condenar la “abstracción” de nuestro investigador, su apartamiento de los que vivían en el Colegio de San Gregorio, venía a ser tanto como decirle que no debía entregarse con tan grande pasión al asunto de los códices y antigüedades indígenas, de cuyo estudio poco debía esperar el padre superior. Como en el caso de otros religiosos, también hondamente interesados por inquirir acerca de las viejas culturas, y vale la pena traer a la memoria las persecuciones que hubo de sufrir fray Bernardino de Sahagún, también ahora Clavigero tenía que hacer frente a este tipo de contradicciones. Sin embargo, persuadido de la verdadera importancia de su trabajo, en modo alguno se dejó impresionar por esta primera forma de oposición. Mucho más grave sería, años más tarde, la forzada separación de sus preciados códices y de los materiales indispensables para su investigación, cuando por decreto real tuvo que salir expulsado de México en compañía de los otros jesuitas. Y aun entonces, en su triste condición de exiliado en Italia, iba a encontrar la forma de reavivar su antiguo interés hasta hacer posible la creación histórica, una de las más profundas motivaciones de su existencia.

Destierro anticipado hubo de sufrir cuando, probablemente como consecuencia de la reconvención del padre provisor, fue trasladado al

⁶ “Documentos para la biografía del historiador Clavigero”, *op. cit.*, p. 319.



Colegio de San Javier, en la ciudad de Puebla. Recordando este episodio, nos dice el primero de sus biógrafos que el más grande sentimiento que tuvo entonces Clavigero fue tener que dejar a un grupo de estudiantes jóvenes a quienes comunicaba sus ideas y entre los que se encontraban algunos que llegarían a destacar sobremanera, como fue el caso del célebre José Antonio de Alzate.

Cerca de tres años permaneció en la Angelópolis dedicado por igual a la formación de los estudiantes indígenas del Colegio de San Javier y a la investigación y estudio de materias literarias, históricas y filosóficas. Su facilidad de palabra y la hondura de su pensamiento, de las que daba repetida prueba en sus lecciones, sermones y discursos, fueron causa de que sus superiores reconocieran al fin la conveniencia de dedicarlo a tareas que, a su juicio, parecían de mayor importancia en el campo de la cultura. En 1764 recibió la orden de trasladarse a Valladolid de Michoacán para enseñar allí filosofía. Acatándola desde luego, pero

[...] ignorando las artes de disimular —como escribe Maneiro—, manifestó con ingenua sinceridad que él no podía enseñar aquella filosofía que fatigaba las mentes de los jóvenes con ninguna utilidad [...] sino aquella que habían enseñado en otro tiempo los griegos y que ensalzaban grandemente los sabios modernos [...].⁷

Su intención era abrir las mentes de sus discípulos a nuevas formas de pensamiento en las que sobre todo se tomaran en cuenta los más recientes descubrimientos de las ciencias y del saber contemporáneos. Difícil de borrar fue la huella que alcanzó a dejar Clavigero en el Colegio de Valladolid. Años más tarde, ausente ya el maestro, otros estudiantes habrían de beneficiarse también con el renovado ambiente intelectual introducido allí por él. Éste fue el caso, para citar un ejemplo ilustre, de don Miguel Hidalgo y Costilla, que ingresaría en ese mismo Colegio no mucho después de la partida de Clavigero.⁸

La extraordinaria labor desarrollada en Valladolid trajo por consecuencia que se le enviara a Guadalajara, adonde pasó a ocupar la cátedra del segundo año de filosofía. El impulso renovador de Clavigero dio allí sus mejores frutos. Si ya desde años antes había escrito en buena parte su *Cursus philosophicus*, por este tiempo redactó su *Physica*

⁷ Juan Luis Maneiro, *op. cit.*, p. 145.

⁸ Véase lo que escribe a este respecto Juan Hernández Luna en *Imágenes históricas de Hidalgo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1954, p. 144.



particularis, la única de sus obras sobre materias filosófico-científicas que actualmente se conserva. En ella, apartándose de estériles argumentos escolásticos, elaboró original síntesis con base en los resultados de las mejores investigaciones de la época. A las claras puede percibirse también cuál era su actitud por el sólo título que dio a un diálogo que igualmente compuso. Sus interlocutores se llamaban *Filaletes* y *Paleófilo*, o sea “el amante de la verdad” y “el amante de lo anticuado” Y si este diálogo por desgracia se ha perdido, en su enunciado nos queda reiterada afirmación de la firme postura intelectual de quien se mantenía abierto a las ideas modernas, incluyendo en éstas su empeño por descubrir en las culturas indígenas posibles valores de significación universal.⁹

El exilio. Su obra de historiador

No siendo nuestro propósito hacer pormenorizada biografía de Clavigero, sino recordar lo más sobresaliente de su personalidad y obra, brevemente nos fijaremos en lo que fueron los últimos veinte años de su vida, exiliado ya en Italia, tras la expulsión de los jesuitas de los dominios españoles en 1767 De sobra está repetir que la forzada interrupción de sus actividades como maestro, y a la sazón lo era en el Colegio de Guadalajara, y en seguida su violenta salida de México debieron serle en extremo dolorosas.

Establecido primeramente en Ferrara y por fin en Bolonia, a pesar de penurias y toda clase de privaciones, paradójicamente, como muchos de sus compañeros de destierro, pudo abstraerse, ahora ya sin contradicciones, y dedicarse por entero a su siempre anhelada investigación. Instado por sus amigos, como si le hiciera falta mayor incentivo, se determinó al fin a preparar su obra histórica, toda ella en relación con México. Mantenía vivo el recuerdo de cuantos textos, códices y documentos había estudiado. Sin embargo, ahora se encontraba desprovisto de ellos y aun de las obras impresas de los primeros cronistas españoles que tan necesarias le eran. Un libro, de muy distinta índole, caería pronto en sus manos, lamentable producción de cierto autor prusiano de nombre Cornelius Paw, y titulado *Inves-*

⁹ En lo que toca a la obra de Clavigero como filósofo y maestro, consúltese especialmente, de Bernabé Navarro, *La introducción de la filosofía moderna en México*, El Colegio de México, 1948, p. 174-194 y *passim*.



tigaciones filosóficas sobre los americanos. Éste habría de ser el acicate definitivo ya que, al leerlo, pudo darse cuenta Clavigero de la radical ignorancia de su autor, que reflejaba el casi universal desconocimiento que prevalecía en Europa sobre la cultura y naturaleza del Nuevo Mundo.

Éste fue el último impulso para que, hechas a un lado las dificultades, se dispusiera Clavigero a tomar la defensa de la verdad y a componer la historia de los mexicanos.¹⁰

A base de sacrificios personales y también de la generosidad de sus amigos, se dedicó entonces a recoger cuanto libro y papel, impreso o manuscrito, pudo hallar relacionado en alguna forma con su asunto. Por correspondencia obtuvo asimismo información acerca de los documentos mexicanos que se conservaban en Roma, Florencia, Génova, Milán y Venecia, tras haber consultado los que existían en lugares más cercanos como Bolonia, Ferrara y Módena.

Varios años hubo de consagrar a esta empresa y posteriormente a disponer sus materiales y redactar su obra. Al fin, y sin duda con gran gozo, pudo comunicar a sus compañeros de exilio que había dado término a los diez libros de su *Historia* de México. Era ésta no ya sólo enumeración de acontecimientos, sino clara y brillante síntesis acerca de las instituciones que habían integrado la realidad cultural del México prehispánico. En ella, con el sentido que puede tener de la historia una mente filosófica, había recreado una imagen de las antigüedades indígenas que, si bien rebosaba mexicanismo, era igualmente ejemplo de presentación al modo moderno, con criterio abierto y propósitos de significación universal. Originalmente la obra había sido escrita en castellano. Clavigero dudó sobre si debía darla a la prensa en esta lengua o si más bien convendría traducirla al italiano o al francés, tomando en cuenta mayores posibilidades de difusión. Al fin se decidió a ponerla él mismo en italiano, no sin consultar repetidas veces a estudiosos hablantes nativos de esta lengua para suprimir cualquier error. Publicada en Cesena en 1780, tuvo su autor la merecida satisfacción de ver el grande interés con que fue recibida. Éste habría de acrecentarse mucho más, años después, al ser publicada la *Historia* en inglés y en alemán.¹¹

¹⁰ Juan Luis Maneiro, *op. cit.*, p. 158.

¹¹ Las primeras ediciones que de este libro se hicieron en castellano fueron todas traducción del texto italiano. No fue sino hasta 1945 cuando se publicó por vez primera esta obra en su redacción original en nuestra lengua. Véase *Historia antigua de México*, prólogo de Mariano Cuevas, 4 v., México, Editorial Porrúa, 1945. (Incluida asimismo en el tomo 29 de la colección "Sepan cuántos...", México, Porrúa, 1964.)

De las muchas valoraciones que se han hecho de la *Historia antigua de México* que escribió Clavigero, aludiremos al menos a un trabajo de Luis Villoro, que ve en esta obra el más logrado intento de comprender a “lo indígena manifestado por la razón universal”

Clavigero —dice Villoro—, constituye lo indígena en ejemplar clásico. Y lo logra, no mirándolo en su facticidad individual, sino proyectando su acto a la universalidad de lo humano. Ve en él al hombre y no al individuo; sus actos heroicos rebasan el estrecho límite de su situación para alcanzar lo normativo; así pone él en el indio universalidad y trascendencia. En esto radica su humanismo; por eso cobran sus personajes perfiles grandiosos que despiertan en nosotros el respeto moral [...] ¹²

Obra de acendrado mexicanismo, fuente de copiosa información y a la vez testimonio del criollo expulsado de su tierra y que encuentra en lo indígena una de sus raíces culturales más hondas, todo esto y mucho más es la *Historia antigua* de Clavigero. Aún ahora, cuando se tiene mayor información acerca del pasado prehispánico gracias a la arqueología y a las modernas investigaciones sobre más abundantes testimonios documentales, el trabajo de Clavigero conserva en mucho su vigencia y debe ser leído como la clásica presentación del México antiguo en el Siglo de las Luces.

Pero esta *Historia* no fue lo único que pudo disponer para la imprenta el incansable Clavigero. Además de ella escribió varias “disertaciones” sobre diversos aspectos de la realidad histórica y del medio ambiente en que florecieron las culturas mexicanas. Interesante es notar que, en más de una de sus disertaciones, refuta Clavigero con abundancia de argumentos, no ya sólo los infundios concebidos por el prusiano Cornelius Paw, sino también las inexactitudes de otros autores como el célebre Buffon o el inglés Robertson. Manteniéndose siempre ocupado en asuntos que se referían al pasado y al presente de su patria, publicó también en lengua italiana una historia de las apariciones de la Virgen de Guadalupe.¹³ Sobre la base firme de su conocimiento del náhuatl, elaboró asimismo por esos años una gramática y diccionario de dicha lengua. Desgraciadamente este trabajo suyo per-

¹² Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950, p. 129.

¹³ El título de ese opúsculo es *Breve ragguaglio della prodigiosa e rinomata immagine della Madonna di Guadalupe del Messico*, Cesena, 1782.



manece hasta hoy inédito, conservado en la Biblioteca del Archigimnasio de la ciudad de Bolonia.¹⁴ Y si la muerte habría de sorprenderlo entregado a otros estudios más, como aquel acerca de los tlaxcaltecas que, ya durante la Colonia, se establecieron en las provincias septentrionales de la Nueva España, al menos tuvo tiempo para concluir la que bien podemos llamar segunda en importancia de sus obras, o sea, su *Historia de la California*, esa porción de México tan ligada a las empresas jesuíticas y respecto de la cual había experimentado siempre muy grande interés.

En la *Historia antigua de México* su intención había sido presentar al mundo una imagen de lo que habían llegado a ser las culturas indígenas. En su obra sobre California había propósitos muy dignos de ser valorados. Por una parte se trataba de una de las regiones más apartadas del corazón de la Nueva España. En la lejana península, y en una especie de inverosímil contraste respecto de los pueblos de la región central de México, vivían grupos humanos con formas de cultura que parecían en extremo primitivas. El señuelo de la abundancia de perlas había atraído allí a incontables aventureros. El mismo Hernán Cortés y otros muchos presuntos conquistadores habían fracasado, durante más de siglo y medio, en repetidos intentos de colonizar esas tierras. Todo esto era de grande interés pero el punto central que cautivaba la atención de Clavigero era precisamente la actitud y la obra de quienes al fin habían logrado lo que parecía imposible. Sus antiguos hermanos de religión, los jesuitas, entre ellos figuras tan extraordinarias como Salvatierra, Kino, Ugarte y Píccolo, habían emprendido la transformación pacífica de ese país de hombres menesterosos. Empresa privada con escasísima intervención de la Corona, había sido en rigor la colonización de California. Lejos de valerse de las armas, originalmente con seis soldados, y siempre con muy pocos a modo de protección y símbolo, la ocupación de California tipificaba para Clavigero una utopía hecha realidad, hasta donde esto es posible, por medio de una conquista sin sangre. Sabía él que los jesuitas habían sido acusados de haberse constituido en amos y señores del supuesto imperio de una California rica en perlas y toda suerte de tesoros. Por todo ello, no sólo se sintió inclinado, sino que casi creyó tener la obligación de escribir esta historia de verdad extraordinaria.

¹⁴ Está incluido en la colección *Messofanti*, de la citada Biblioteca, con la signatura “cartilla XII, no. 10” Debe notarse expresamente que en este manuscrito se atiende también a algunos aspectos de la lengua otomí, acerca de la cual llegó a tener asimismo Clavigero algunos conocimientos.

Con la misma honradez científica con la que se había ocupado del México antiguo, también ahora manifestó claramente sus propósitos y limitaciones:

Siendo muy fácil que se equivoque el autor que escribe la historia del país en que no ha estado —nos dice en su prólogo—, he hecho que revisen esta obra dos personas de las más prácticas en aquel país, y la experiencia me ha manifestado que esta diligencia no ha sido superflua [...].

En cuatro libros distribuyó Clavigero su obra californiana. El primero es un resumen de la historia natural de la península e igualmente un ensayo de etnología sobre las culturas de sus antiguos habitantes. Materia del segundo es la relación de los principales intentos de colonizar California, a partir de Hernán Cortés, hasta la expedición de Atondo en 1683 en compañía, entre otros, de Eusebio Francisco Kino. En el libro tercero Clavigero hace la historia de la fundación de las misiones. Allí analiza los distintos procesos que al final se tradujeron en la aculturación de los nativos. El último y cuarto libro versa sobre la expansión de la obra de los jesuitas en la península. Fijándose en los escasos recursos con que habían contado éstos, menciona luego con manifiesto pesar su expulsión y deja entrever su esperanza de que otros puedan continuar la obra que con tanto esfuerzo había comenzado a enraizarse.

Nueva prueba de su modernidad de pensamiento, y de su interés por formular sugerencias dirigidas a mejorar las condiciones de vida de sus compatriotas mexicanos, la tenemos asimismo en algunas de las reflexiones expresadas por Clavigero en su *Historia de la Baja California* y en otros opúsculos que escribió durante esos años. En lo que a California se refiere, daremos un solo ejemplo. Muestra éste la conciencia que tuvo de las posibilidades de explotar los recursos del mar en ese territorio con más de tres mil kilómetros de costas. Larga es la lista en la que enumera los peces que abundan en los litorales del Pacífico y en los del Mar de Cortés. La riqueza que allí existe debía llevar a la creación de grandes empresas pesqueras. Así podrían aprovecharse las que tan acertadamente llama “minas marítimas” Los otros opúsculos o ensayos que preparó entonces dejan percibir un parecido criterio eminentemente práctico. Bajo el título de “Frutos en que comercia o puede comerciar la Nueva España” hace una enumeración de las que hoy llamamos diversas formas de recursos, renovables y no renovables. Y en su “Proyectos útiles para adelantar el comercio de la Nueva España” toca asuntos de tanta importancia como el fomento de una marina



propia, el restablecimiento del comercio con la América del Sur, la asignación de premios a los inventores de máquinas u otras cosas útiles al público e insiste asimismo en la necesidad de crear, tomando en cuenta el interés propio de la Nueva España, distintas industrias, de las que da dos ejemplos, el arte de hacer moldes para la imprenta y las fábricas de papel, capaces de surtir la creciente demanda de la ciudad de México y de otros centros del país.¹⁵

Las obras que hasta aquí se han mencionado, aunque son sin duda las más importantes en la producción de Clavigero, en modo alguno constituyen la bibliografía completa del mismo. Pueden recordarse al menos las traducciones que llegó a imprimir antes en México de una vida de San Juan Nepomuceno y de dos cartas de San Francisco de Sales.¹⁶ Y a todo esto debe añadirse lo que ha quedado de su rico epistolario, en el que se conservan comunicaciones dirigidas a célebres investigadores europeos y del Nuevo Mundo.

Al varias veces citado Juan Luis Maneiro hemos de acudir para conocer lo que fueron los últimos meses en la vida de Clavigero. Algún tiempo antes de su muerte, y en medio de los padecimientos de las enfermedades que comenzaron a aquejarlo, tuvo al menos la satisfacción de recibir una carta del rector de la Universidad de México en la que le comunicaba éste que había llegado a sus manos el ejemplar de la *Historia antigua de México*, obra dedicada a esa institución. El rector, tras expresarle su agradecimiento,

[...] le declaraba abiertamente, en nombre de todos los doctores, que la Universidad de México consideraba como un honor haber engendrado tal discípulo que, conducido a otras tierras, se había ganado, entre gentes cultísimas, renombre de sabio por su universal erudición y por su vastísima doctrina [...].

Postrera satisfacción fue ésta para quien a lo largo de su relativamente breve vida, en la patria y en el exilio, había hecho sobre todo dedicación de sí mismo a la cultura mexicana como filósofo, científico,

¹⁵ Estos opúsculos de Clavigero, a los que debe añadirse una "Breve descripción de la provincia de México de la Compañía de Jesús en 1767", por largo tiempo permanecieron inéditos. Fueron al fin publicados por Mariano Cuevas en *Tesoros documentales de México, siglo XVIII*, México, 1944, p. 311-398.

¹⁶ Rafael García Granados, con motivo del segundo centenario del nacimiento de Clavigero, publicó una bibliografía en la que se registraron las principales obras escritas por éste, y asimismo un buen número de trabajos en relación con su obra: "Clavigero, estudio biobibliográfico", *Filias y fobias, opúsculos históricos*, México, Editorial Polis, 1937, p. 279-309.



historiador y literato, abierto a la vez a la modernidad y a los valores genuinos de todos los tiempos.

Francisco Xavier Clavigero murió en Bolonia a las cuatro de la tarde del 2 de abril de 1787. Su temprana muerte, ya que vivió sin haber cumplido los cincuenta y seis años de edad, le impidió, entre otras cosas, alcanzar a ver impresa su *Historia de la California*, que no sería publicada sino dos años más tarde en la ciudad de Venecia.

Los restos del gran humanista mexicano fueron enterrados en la iglesia de Santa Lucía, que había pertenecido antes a los jesuitas, en la ciudad de Bolonia. Repetidas iniciativas de instituciones y personas interesadas en traerlos a México no alcanzaron su propósito. Tan sólo en fecha reciente, y gracias a la intervención del gobierno de la República y también del de su nativo Veracruz, la ya antigua idea se ha convertido en realidad. El 5 de agosto de 1970 los restos de Clavigero traídos de Bolonia, llegaron a su patria chica, la ciudad de Veracruz. De allí pasaron a descansar en la Rotonda de los Hombres Ilustres, en la ciudad de México. El maestro e investigador que tanto amó a esta tierra recibió así merecido homenaje de la nación a cuya cultura consagró su existencia. Más que nunca ahora se hacen verdad las palabras con que Maneiro terminó su biografía. "La sincera posteridad juzgará, por las obras que dejó, cuán grande haya sido Clavigero"



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS